



# «Levántate y ponte en camino»

## Día del Seminario 2023



Reflexión teológica

© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

[edice@conferenciaepiscopal.es](mailto:edice@conferenciaepiscopal.es)

# REFLEXIÓN TEOLÓGICA

## «Levántate y ponte en camino»

### 1. Caer y levantarse

Los antropólogos están de acuerdo en la importancia que para el desarrollo de la humanidad tiene el hecho de la posición erguida del hombre, de su ser bípedo. Poder caminar o correr como lo hacemos los hombres aumenta nuestro campo de visión, mantiene nuestra cabeza alzada y podemos manipular los objetos al tener las manos liberadas. Estos hechos nos diferencian del resto de la creación y nos aporta una cualidades propias, únicas, específicas.

Desde la experiencia de la fe, la imagen del hombre caído, postrado, ha sido utilizada para hablarnos del ser humano que se aparta voluntariamente de su relación fundante con Dios, que se rebela contra aquel que le ha dado la existencia y al que ha amado por sí mismo<sup>1</sup>, como nos recuerda el Concilio Vaticano II. Por eso hablamos de una primera caída<sup>2</sup> con consecuencias universales y, por lo mismo, podemos entender la historia de la salvación como una permanente insistencia por parte de Dios en levantar al hombre que, una y otra vez, cae y se aparta del proyecto de vida que Dios le ofrece. Sirva de ejemplo que una de las expresiones más repetidas en la Sagrada Escritura es esta: «Levántate», que el Señor dirige a sus elegidos.

Este es el caso de Moisés, que, tras haber intercedido por el pueblo de Israel en su peregrinación por el desierto, escucha la voz del Señor, que le dice: «Levántate y marcha al frente del pueblo para que entren y tomen posesión de la tierra que prometí a sus padres que les daría»<sup>3</sup>.

A los israelitas se le ha recordado su enorme infidelidad en el Sinaí, pero Dios los perdona y les pide que reemprendan el camino. La oración

---

<sup>1</sup> Cf. *Gaudium et spes*, 24.

<sup>2</sup> Gen 3,1-24.

<sup>3</sup> Dt 10,11.

de intercesión de Moisés ha dado sus frutos y la promesa de tierra, y tierra buena, por parte del Señor, sigue en pie.

Esto que les sucedió a los israelitas y que, en Jesucristo, plenitud de la revelación de Dios, ha adquirido «un realismo inaudito»<sup>4</sup>, es una experiencia fundamental para el proceso de madurez en la fe al que todos, desde el día de nuestro bautismo, somos llamados: hemos sido perdonados, reconciliados con Dios, la caída no es definitiva. Lo definitivo, sin embargo, es la gracia que regenera y salva, es la presencia del Señor que levanta, que pone en pie, que nos anima a reemprender el camino con nuevos bríos, con nuevas fuerzas, pues él tiene capacidad de «hacer nuevas todas las cosas»<sup>5</sup>, y cada uno de nosotros estamos llamados a experimentar que «donde creció el pecado, ha sobreabundado la gracia»<sup>6</sup>.

Sin esta experiencia de perdón y salvación venidos «de fuera», esto es, que no nos hemos fabricado nosotros mismos, que no nos hemos podido autosalvar o autoperdonar, es imposible conocer el núcleo de la fe cristiana y corremos el riesgo de caer en un neopelagianismo<sup>7</sup>, que en el fondo esconde, en no pocas ocasiones, una incapacidad para la entrega porque ha habido un déficit en la experiencia de la gratuidad del don y de la primacía de la gracia. Creados por amor, salvados por amor y sostenidos por el amor de Dios. Esto es lo que se ha dado en llamar la voluntad salvífica universal y que está expresado por san Pablo de esta manera: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad»<sup>8</sup>.

## 2. Dios inclinado en Jesucristo para levantarnos siempre

Si recorremos el ministerio público de Jesús con atención, sus gestos, sus milagros, su modo de estar con los discípulos, pronto nos daremos cuenta de que el Señor se inclina ante aquel que está postrado para decirle una palabra de vida y ponerlo en pie, para restituirle en la dig-

<sup>4</sup> BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 12.

<sup>5</sup> Ap 21,5.

<sup>6</sup> Rom 5,20.

<sup>7</sup> Cf. *Placuit Deo*, de la Congregación para la Doctrina de la Fe a los obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la salvación cristiana, 2018.

<sup>8</sup> 1 Tim 2,4.

nidad que había perdido. No es difícil imaginarse al ciego Bartimeo, pidiendo, postrado en la salida de Jericó, gritando al Señor que tuviera piedad de él. Nos cuenta san Marcos cómo le llamaron para decirle: «¡Ánimo, levántate, te llama!»<sup>9</sup>. La presencia del Señor levantó al ciego de su estado de ceguera y postración y ya no volvió a la situación anterior, sino que el encuentro con Jesús le abrió unos horizontes vitales nuevos, desconocidos, insospechados.

En un caso más radical nos encontramos con la niña que ha fallecido y a la que Jesús va a devolver a la vida. Así interpreta el papa Francisco este milagro del Señor:

En la época de Jesús la salida de la niñez era un paso sumamente esperado en la vida, que se celebraba y se disfrutaba mucho. De ahí que Jesús, cuando devolvió la vida a una «niña» (Mc 5,39), le hizo dar un paso más, la promovió y la convirtió en «muchacha» (Mc 5,41). Al decirle «¡muchacha, levántate!» (talitá kum) al mismo tiempo la hizo más responsable de su vida abriéndole las puertas a la juventud<sup>10</sup>.

Aquella niña en la que Jesús ha obrado ese milagro no puede estar en la misma situación existencial que vivía antes. El Señor ha mostrado su fuerza en ella y, por lo mismo, la hizo más responsable de su vida, como nos dice el papa.

El Señor actúa siempre así: nos perdona, nos cura, nos levanta para que tomemos conciencia de quiénes somos en realidad. Conocer al Señor es el camino más corto y más rápido para conocernos a nosotros mismos, no solo con lo que dan de sí nuestras fuerzas, sino desde la luz que nace del encuentro con el Señor.

Podemos llegar a la siguiente conclusión: no cabe un encuentro con Cristo sin una conversión. Son las primeras palabras que dice Jesús cuando se echa a los caminos de Galilea: «Convertíos y creed en la buena nueva»<sup>11</sup>. No creemos en una dinámica de la acción de Dios que se imponga a la libertad humana ni mucho menos que la supla, sino que activa en nosotros el querer agradecer a Dios, el querer lo mismo y el rechazar lo mismo, que es lo propio de la amistad verdadera.

---

<sup>9</sup> Mc 10,49.

<sup>10</sup> FRANCISCO, *Christus vivit*, 136.

<sup>11</sup> Mc 1,15.

Nos acercamos a Dios porque él se acerca a nosotros, lo conocemos porque él nos conoce previamente, podemos ir en pos de él porque nos enseña cómo hacerlo, lo buscamos porque él ya ha puesto en lo más hondo de nuestros corazones el deseo de encontrarlo<sup>12</sup>.

Toda la vida de Jesús, en especial el misterio de su muerte y resurrección, es para nosotros la manifestación del Dios que se inclina ante el hombre, que desciende a nosotros y que establece una Alianza nueva y eterna, manifestándonos un amor extremo. Cada domingo, en las primeras Vísperas, la Iglesia reza con el himno cristológico de filipenses, donde reconocemos que «Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo de su categoría de Dios. Al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos»<sup>13</sup>. Es el modo que tiene la liturgia de la Iglesia de preparar a los fieles, de modo solemne, a celebrar el día del Señor, el día de la escucha de la Palabra y de la comunión del pan de vida, único y partido.

De modo especial, la contemplación, en el ambiente íntimo de la última Cena, de Jesús inclinado ante sus apóstoles para lavarles los pies, nos sobrecoge y nos recoloca de las visiones ideológicas que acomodan la fe y reducen la vida cristiana, pues resuenan con fuerza las palabras del Señor que, al terminar de lavarles los pies, exclama: «Os he dado ejemplo para que, como yo he hecho con vosotros, también lo hagáis vosotros»<sup>14</sup>.

La contemplación de Jesús inclinado ante el hombre está llamada a ser el punto permanente al que volver cuando la desesperanza o el miedo amenazan nuestra vida. Dejarnos conquistar una y ¡mil veces!, por Dios que, en Cristo, se inclina para levantarnos.

### 3. Ponte en camino: crea relaciones

Abrahán tuvo que ponerse en camino para contemplar las maravillas de Dios. Él fue el primero y, con él, Dios marcó la pauta, el modo de hacer. Todos los creyentes estamos llamados a recorrer un camino, a llevar adelante la peregrinación de la fe, a correr en la carrera<sup>15</sup>. Podríamos

<sup>12</sup> L. F. LADARIA, *Jesucristo, salvación de todos*, Madrid 2007, p. 83.

<sup>13</sup> Flp 2,6-7.

<sup>14</sup> Jn 13,15.

<sup>15</sup> Cf. 2 Tim 4,7.

evocar tantos caminos de hombres y mujeres que no se han quedado parados, sino que, tomándose en serio la llamada del Señor, han abandonado la comodidad de una vida quizá más segura, y se han lanzado por los caminos del mundo dejándose guiar por el Señor. La Sagrada Escritura y la historia de la Iglesia están repletas de estos testimonios. Son para nosotros un aliento constante y un ejemplo.

Antes de mencionar dos de ellos, que me parecen significativos, conviene entender que nosotros recorremos el camino al mismo tiempo que hemos llegado ya, de algún modo, a la meta. Caminamos porque el fin ya está dentro de nosotros, como nos recuerda el Señor: «El reino de Dios está dentro de vosotros»<sup>16</sup>; caminamos porque hemos conocido a Jesús, que nos ha dicho: «Yo soy el camino»<sup>17</sup>. Esta expresión la utiliza el Señor ante la pregunta de uno de los Doce, de Tomás, que dice: «Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podremos saber el camino?»<sup>18</sup>, que muestra que aún no habían entendido del todo las enseñanzas de Jesús.

Así lo explica magistralmente san Agustín: «Era necesario decirles: Yo soy el camino, para demostrarles que en realidad sabían lo que les parecía ignorar, porque le conocían a él»<sup>19</sup>. Esta es la clave: recorrer el camino es conocer a Jesucristo, llevar adelante la peregrinación de la fe es entablar relación con el Señor, ponerse en camino es fortalecer los vínculos de amistad con aquel que, previamente, ha querido llamarnos amigos porque nos ha dado a conocer todo lo suyo<sup>20</sup>, porque nos ha querido introducir en la relación que a él le constituye desde toda la eternidad: su ser Hijo.

Así las cosas, os propongo dos modelos de creyentes que han sido levantados por la gracia de Dios (antes habían sido derrotados según el criterio del mundo), y que se pusieron en camino y cuyas vidas iluminan las nuestras: san Pablo y san Ignacio de Loyola.

—Saulo de Tarso, nos lo cuenta la Escritura, «cayó al suelo»<sup>21</sup> y escuchó la voz del Señor. Desde ese momento (vocación y conversión

<sup>16</sup> Lc 17,21.

<sup>17</sup> Jn 14,6.

<sup>18</sup> Jn 14,5.

<sup>19</sup> S. AGUSTÍN, *In Ioannis Evangelium* 66,2.

<sup>20</sup> Cf. Jn 15,15.

<sup>21</sup> Hch 9,4.

van siempre de la mano), la vida de Pablo cambió porque Jesús le hizo entender que seguía vivo en sus discípulos, en su Iglesia. Así lo comentaba Benedicto XVI:

Persiguiendo a la Iglesia, Pablo perseguía a Jesús mismo. «Tú *me* persigues». Jesús se identifica con la Iglesia en un solo sujeto. En el fondo, en esta exclamación del Resucitado, que transformó la vida de Saulo, se halla contenida toda la doctrina sobre la Iglesia como Cuerpo de Cristo. Cristo no se retiró al cielo, dejando en la tierra una multitud de seguidores que llevan adelante «su causa». La Iglesia no es una asociación que quiere promover cierta causa. En ella no se trata de una causa. En ella se trata de la persona de Jesucristo, que también como Resucitado sigue siendo «carne». Tiene «carne y huesos» (Lc 24,39), como afirma en el evangelio de san Lucas el Resucitado ante los discípulos que creían que era un espíritu. Tiene un cuerpo<sup>22</sup>.

En el corazón de san Pablo, como en el nuestro, se produce una transformación al entender que no podemos vivir nuestra fe aisladamente, con el individualismo propio de nuestra época, sino que levantarse y ponerse en camino es reconocernos miembros de un cuerpo, con corresponsabilidad y unidos a la Cabeza, que es Cristo. Ponerse en camino, y no cabe duda de que san Pablo se puso en camino una y mil veces, es trabajar para que en las relaciones de todos los miembros del Cuerpo de Cristo brille la comunión y así la presencia del Resucitado se irradie con fuerza.

—San Ignacio de Loyola. Sabemos que Íñigo, el militar, fue herido en la pierna en la toma de Pamplona en 1521. Esta derrota y su consiguiente recuperación operaron en aquel soldado un cambio radical. Vemos aquí a otro hombre caído que, a través de lo que más tarde se conocerá como «discernimiento de espíritus», aprenderá a captar la voz del Señor en lo profundó de su conciencia y se levantará para entrar a formar parte del ejército del «sumo y verdadero capitán, que es Cristo nuestro Señor»<sup>23</sup>.

San Ignacio se pondrá en camino y serán muchos los lugares de sus andanzas: Monserrat, Manresa, Alcalá de Henares, Salamanca, Barce-

<sup>22</sup> BENEDICTO XVI, Homilía en las primeras Vísperas de la solemnidad de los apóstoles Pedro y Pablo, 28-1-2008.

<sup>23</sup> SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 143.



lona, París, Jerusalén, Roma...; pero lo más importante es que en todos ellos se le unirán pronto hermanos que querrán seguir sus pasos, y que serán para él, una verdadera *compañía de Jesús* en esta tierra. Es el misterio de la Iglesia. Como en el caso de san Pablo, san Ignacio experimenta que ponerse en camino significa, para la vida de la fe, entablar relaciones entre aquellos que se reconocen miembros del mismo Cuerpo y discípulos del mismo y único Maestro. Así lo expresaba el papa Francisco hace ya algunos años:

¡Cristo es nuestra vida! A la centralidad de Cristo le corresponde también la centralidad de la Iglesia: son dos fuegos que no se pueden separar: yo no puedo seguir a Cristo más que *en* la Iglesia y *con* la Iglesia. Y también en este caso nosotros, jesuitas, y toda la Compañía no estamos en el centro; estamos, por así decirlo, «desplazados», estamos al servicio de Cristo y de la Iglesia, la Esposa de Cristo nuestro Señor, que es nuestra Santa Madre Iglesia Jerárquica (cf. EE, 353). Ser hombres enraizados y fundados en la Iglesia: así nos quiere Jesús. No puede haber caminos paralelos o aislados<sup>24</sup>.

Agradecemos a Dios Padre que, en su Hijo, nos ha llamado a vivir siempre con el corazón levantado, como decimos en la liturgia de la eucaristía, y que nos ha dado a cada uno una vocación preciosa en su Iglesia. Vocación que, de un modo u otro, siempre tendrá como horizonte el servicio, pues «solo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama»<sup>25</sup>. Así, en esta dinámica de amor recibido y entregado, es como se va generando una comunión real y efectiva para que el mundo crea que Jesús es el Cristo<sup>26</sup>, el Mesías esperado, en quien toda vocación encuentra su origen, su fundamento último y su finalidad.

<sup>24</sup> FRANCISCO, Homilía en la fiesta de san Ignacio de Loyola, 31-8-2013.

<sup>25</sup> BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 18.

<sup>26</sup> Cf. Jn 17, 21.





